del gusano de seda, que de ningun modo se debe calificar de paradoxa el dictamen de los que juzgan que con ellos trabajaban texidos en la mencionada Isla, y mucho mas despues que la experiencia debida á las observaciones de un ilustre Magistrado de Monpeller nos ha demostrado que se pueden hacer telas finísimas con los capullos de ciertas arañas.

Y lo que persuade mas á que la seda de que usaban en aquella Isla, era la que sacaban de los capullos de algunas de las referidas orugas, es que luego que conocieron ser de mas hermosura la que los Asirios sacaban de los Seres, y mucho mas estimada de los Romanos, inmediatamente cesó el uso, y el comercio de la de Cos. En efecto es cosa digna de atencion, que asi como llegó el luxo en esta nacion al punto de ir los hombres vestidos igualmente que las mugeres, de telas de la supuesta seda de Asiria, lo qual sucedió algun tiempo despues que dió el exemplo Eliogabalo; no se halla en ninguno de los autores que escribieron depues de muerto este Emperador, que hagan mencion de los vestidos de la Isla de Cos. Lampridius in Eliogabalo.

Si la seda de que suponen que eran estos vestidos, hubiera tenido el mismo origen; y el mismo grado de bondad, que la nuestra; es natural que se hubiera aumentado su crédito, en vez de disminuirse, por la comodidad que tendrian los Griegos y Romanos de sacarla de una Isla, cuyo acceso les era tan fácil por la navegacion establecida en el Archipielago.

Para mayor prueba de que los antiguos no tenian otra seda semejante á la nuestra, sino la que iba de la India, podria añadir á estas razones que todos los Autores que opinaron ser la seda obra de un gusano, (como escribieron Pausanias, San Clemente Alexandrino, Polux, Servio, Tertuliano, San Ambrosio, y San Basilio (*), segun lo he demostrado), todos ellos, repito, hablan de este

(*) In exâm. l. V. cap. 23.

este gusano como produccion extrangera respecto á todos los países que conocian, ni la dieron otro origen sino el de la tierra de los Seres, ni otro nombre que gusano de la India. Si se hubiera criado en la Isla de Cos, no es fácil que estos Escritores careciesen de noticias fundamentales de su historia, y por consiguiente serian mas exâctas las descripciones que dexaron.

Finalmente, ya que no podamos alegar con seguridad como última prueba de que este gusano no exîstia en ninguno de los países conocidos de los antiguos, el que el moral blanco, ó morera, que es el árbol mas propio para su alimento, no se cria naturalmente en muchos lugares del Asia, de España, y de Italia: á lo menos tenemos poderosas razones para colegir que los antiguos no le conocieron, ó que si le conocieron, le juzgaron de tan poca utilidad, que ni aun quisieron tomar el trabajo de describirle.

Teofrasto y Dioscórides, que hablaron de árboles de mucha menos conseqüencia, guardaron un profundo silencio acerca de éste, siendo asi, que quando explicaron el moral pudieron muy bien hacer mencion de la morera. El mismo Plinio tratando del moral, confiesa que es un árbol cuyo cultívo no se ha perfeccionado mucho con el arte. L. 15. c. 24

Solo Ovidio es el unico en la antigüedad que hace mencion del moral blanco, como de árbol que crece cerca de la antigua Babilonia. Cuenta, pues, en la fábula de Piramo y Tisbe, que la sangre de aquel amante que cayó al pie de uno de estos árboles, convirtió en negro el color blanco del fruto que llevaba, quedando asi en lo sucesivo: pero este es argumento muy debil para probar que los antiguos conocian la especie de que tratamos, y tiene tan pocas apariencias de verosimi- Ovid. Metamor. l. 4.

litud, como toda metamórfosis. En tiempo de este Poëta se conocia, como tambien ahora conocemos, una especie de moral, cuyo fruto es blanco, y bueno para comer, pero no es el que sirve de alimento á los gusanos de seda.

¿Pero qué autoridad mas terminante, que la de Procopio para justificar la incertidumbre que habia aún del origen de la Seda en el siglo quinto? Si ya no es que se la quiera poner en el número de aquellas cosas perdidas, que se vuelven á recobrar.

Procop. de bello Persico, l. 1.

Este Historiador me parece que previene todas las dudas que puede haber en este punto, contando la ocasion en que hizo este descubrimiento Justiniano. Ocupaban entonces los Persas toda la Asiria, siendo dueños del comercio de la India; y viéndose el Emperador obligado á declararles la guerra, le causaba grande inquietud el considerar que los Romanos les habian de subministrar precisamente mas armas contra él, por las inmensas sumas de dinero con que pagaban la seda que les vendian los Asirios. Creyó Justiniano remediar este inconveniente, solicitando la alianza con los Etiopes; para lo qual envió á su Rey un Embaxador, suplicándole, que en atencion á la fé que mutuamente se profesaban, se uniese con él contra los Persas, y se aprovecháse de la facilidad que la situacion de su Reyno daba á sus vasallos de pasar á la India, para animarlos á que traxesen seda, como hacian sus vecinos; pues mas queria que el luxo de los Romanos enriqueciese á los Etiopes, que no á los enemigos comunes del nombre de Jesu-Christo.

Este rasgo de política sería inutil, si la Isla de Cos, ó qualquiera otro parage de los estados del Imperio, hubiera podido abastecer á los Romanos de la seda que necesitaban: ni los Asirios la

la hubieran sacado de la India, si se criara en su país, como creía Plinio.

Asi, pues, no se debe fixar la época del conocimiento que tuvieron de su origen la Europa, el Africa, y aun el Asia, sino en el tiempo de la guerra del Emperador Justiniano con los Persas, que fue ácia la mitad del siglo quinto. Las circunstancias de este descubrimiento, de que da individual noticia en otra parte Procopio, no dexan ya dudar que por entonces se tuviese por insecto extrangero el gusano de seda.

L. II. de bello Vand.

Dos Monges fueron los que (segun este autor) hicieron este descubrimiento. Acababan de llegar de la India á Constantinopla, en donde supone, que habiendo oído hablar de lo confuso que se hallaba Justiniano para quitar á los Persas el comercio de la seda con los Romanos, hicieron que los presentaran al Emperador, y le propusieron para no necesitar de los Persas un medio mas corto que el comercio con los Etiopes, y era el enseñar á los Romanos el arte de sacar la seda. Persuadido el Emperador por su relacion de la posibilidad del arbitrio, los envió á Serinda, (asi se llamaba la Ciudad de la India en que habian estado), para que buscasen simiente de estos insectos, por no poderse transportar vivos, segun decian. Volvieron los Monges de este segundo viage á Constantinopla, y hicieron revivir con el calor del estiercol la simiente que traian de Serinda: de ella salieron unos gusanillos que se mantenian con hojas de morera, y por esta experiencia que les salió muy bien, manifestaron todo el mecanismo de la seda, de cuyo conocimiento tenia tantos deseos el Emperador.

Este hecho lo cuenta tambien Teofanes de Bizancio, contemporáneo de Procopio, con poquísima diferencia, como la de atribuir á un Persa, y no á dos Monges este descubrimiento, lo qual pue-

 de

de conciliarse muy bien, suponiendo que el uno de estos fuese Persa: pero lo esencial que añade Teofanes es que esta experiencia se comenzó al principio de la primavera, lo qual concuerda con nuestra costumbre; y que habiéndose apoderado los Turcos en adelante de los puertos de donde sacaban los Persas la seda de la India, quedaron admirados quando en Constantinopla vieron el modo con que alli la cogian.

DISERTACION
SOBRE LA EGLOGA.
POR EL ABATE FRAGUIER.

ENtre todas las poësías que escribió Virgilio, quizá no hay cosa mas perfecta ni mas agradable que aquellos versos de las Geórgicas donde pinta la felicidad de la vida campestre. Pero es de admirar de que entre las diversiones que constituyen lo dulce de ella no dixese nada ni de los instrumentos pastoriles, ni de las canciones, que ocupando los ratos de descanso de los pastores, son el asunto de la poësía pastoral. Esta reflexîon parece tanto mas natural quanto Homero no habla del campo sin hablar al mismo tiempo de la música campestre, como lo prueba la descripcion de las cosas tan diversas que Vulcano habia esculpido en el escudo de Aquiles, entre las quales se ve un pastorcillo que toca con variedad un instrumento rústico. Pero si se considera el asunto con toda atencion, advertiremos que si Homero por un lado tuvo razon para hacerlo asi representando cosas de pura imaginacion, Virgilio evitó por otro discretamente un escollo en que verosimilmente un Poëta mediano se hubiera estrellado; porque como la obra de las Geórgicas es una obra enteramente verdadera, y juiciosa, no le convendria á Virgilio alabar en ella la vida del campo por una circunstancia, que solo exîste en la imaginacion de los Poëtas. Al contrario, como él no sale de la verdad en la descripcion de la vida del campo, á la qual ha atribuido unas cos-